

ted á pedir satisfacción á Claudio; eso le dará materia para escribir... Ya llegará usted á tener sobre él la misma opinión que yo... ¡De todos mis respetos! Es un poco fuerte esto... ¡Adiós, adiós!... Ahora voy á vestirme de veras... Melania—llamando á la doncella.—Salude usted á Claudio de mi parte.

Y después de la andanada de furor y de ironía, en que se revelaba la parte honda de su naturaleza, empujó á Renato fuera del cuarto, encerróse, y su risa sonó de nuevo, burlona, implacable y argentina; risa en que había un poco de comedia y de odio satisfecho.

## XVI

## HISTORIA DE UNA SOSPECHA

—¡Qué mujer tan mala, qué mala!—iba pensando Renato al bajar la escalera del teatro, que llenaba con sus gritos el avisador: «¡Se va á empezar!»

Temblaban sus piernas al preguntarse:

—¿Por qué me aborrece?

Y no comprendía que durante un cuarto de hora había representado el papel de Claudio para Colette, y tal vez la alegría que la actriz experimentaba hiriéndole en el corazón proviniera del odio que con frecuencia nos tienen las amantes de nuestros amigos cuando están convencidas de que jamás hemos de hacerlas el amor.

La fidelidad del hombre para el hombre es uno de los sentimientos que más profundamente mortifican á la mujer.

Las frases que cayeron sobre Renato de improviso le aturdieron como golpe asestado brutalmente en la cabeza, y del cual no se repuso hasta la plaza del Palais-Royal, sembrada de coches. Su primer impulso fué de ra-

bia hacia Claudio, á quien llamaba «indigno amigo».

—¿Cómo ha podido entregar mi secreto á semejante criatura? ¡Y qué secreto! ¿Qué sabía él? Un momento de turbación y un poco de rubor en la mejilla al pronunciar un nombre.

Recordaba el poeta todos los detalles de aquella conferencia; la sonrisa irónica de su amigo; la vacilación en contestar cuando Renato preguntaba si sabía algo de Susana; y de aquí pasaba el joven á otros recuerdos: no se olvidó de aquellas palabras de Susana cuando á la tercera vez de haberse visto le aseguraba que no era simpática para Larcher; desconfianza que aquella misma mañana había reiterado.

En efecto, Susana tenía razón para no fiarse de aquel hombre. Y en último término, si se hubiera contentado con insinuar sus relaciones con Susana, menos mal; pero la repugnante alusión á Desforges y su dinero era horrible.

Renato no abrigaba una sombra de sospecha en cuanto á ella, sino indignación furiosa porque daba por cierto que Claudio era el que había contado á Colette tanta infamia.

Ahora bien; para que Claudio la repitiera, era preciso que la hubiese oído á alguna otra

persona, y la insistencia de Susana, por un lado, hacía comprender que no ignoraba la calumnia.

Renato pensó en aquel Desforges que había encontrado una vez en la calle de Murillo; aquel viejo bello, con tipo de oficial retirado, una cara roja y como golpeada, y pelo ceniciento... ¡Y ella!

—¡Qué mundo tan infame!—dijo, trayendo á su memoria los encantos y perfecciones de Susana.

Luego el contraste con Claudio, á quien ella había perdonado y de quien siempre hablaba con elogio.

De repente recordó aquella frase de su inocente madona: «No hay razón para vengarse en las demás mujeres haciéndoles el amor al vuelo. Casi tuve que enfadarme una vez en que me hallaba sentada á la mesa cerca de él...»

Y Renato, con una recrudescencia de cólera, exclamó:

—Ya está vista la causa; le ha rechazado y la difama... Es demasiado repugnante...

Preso de tan crueles reflexiones, había caminado Renato hasta la plaza de la Ópera, volviendo maquinalmente hacia la derecha, y subiendo por el bulevar.

La amargura y el disgusto eran tan opues-

tos á su alma, todavía pura, que todas sus sensaciones acabaron por fundirse en una infinita ternura hacia aquella mujer tan admirada y tan indignamente tratada por el pérfido Claudio y la vengativa Colette. ¿Qué haría Susana á esta hora? Sin duda allá en su palco del Gimnasio, obligada por su marido á asistir á un espectáculo cualquiera, y dominada por una melancolía profunda, cuya causa era su amor.

En el punto mismo en que la adorada imagen se presentó á la mente del poeta, despertóse en él la imperiosa necesidad de verla, deteniendo en el acto un carruaje que pasaba, indicando el nombre del teatro al cochero, sin reflexionar en cosa alguna. ¡Cuántas veces había intentado, como ahora, sorprender á Susana en los sitios públicos á que asistía! Pero siempre había rechazado la tentación por un escrúpulo de hacer en su ausencia lo contrario de lo que en su presencia había prometido, complaciéndose, por otra parte, la naturaleza de su imaginación en dividir á Susana en dos personas distintas, la del mundo y la suya propia, entrando también por algo en esta determinación el disgusto de tropezar con Pablo Moraines.

Conocía la novela titulada *Fanny*, y Claudio, escritor de análisis, que hubiera encon-

trado en una situación análoga motivo para buscar al marido y procurarse una nueva llaga del corazón, no era como el poeta, que repugnaba tan deshonrosa experiencia y respetaba en sí mismo la belleza del sentimiento.

Mientras que rodaba el coche hacia el bulevar Bonne-Nouvelle, todos estos motivos á que rindió culto Renato otras veces, vacilaron en su espíritu por el efecto causado con aquellas frases de Colette.

La presencia de Susana sería seguramente el remedio contra sus tormentos y justificaría además su desobediencia la razón de cometerla, porque si ella supiese lo que le habían contado, había de ser la primera en gritarle:—«¡Vas á leer mi amor en mi semblante!»

—Me alejaré en seguida, pero lavado de esta desconfianza—se dijo Renato.—¿Y su marido? Tarde ó temprano he de verle, y puesto que tampoco significa nada para ella... ¡La íntima de Desforges esta criatura! ¿Y por qué? Por dinero. ¡Qué necedad! La hija de un ministro y esposa de hombre de negocios! ¿Cómo ha podido Claudio?...

Llegó á la puerta del Gimnasio con el propósito de que Susana no le viera, y reflexionó algunos minutos en consecuencia.

Acababa el acto, á juzgar por el número de espectadores que salían, y esta circunstancia le sugirió la idea de tomar una entrada para aprovechar el entreacto y buscar; una vez encontrado el palco de Susana, escogería la localidad que más le conviniera.

A los pocos pasos tropezó con uno de los elegantes del salón de la Condesa de Komof, el Marqués de Hére, que pasó con sus flores en el ojal, balanceando su bastón y tarareando la canción de las *Campanas*, aún á la moda. Se codeó con Renato, no conociéndole ó haciendo como que no le conocía, lo mismo que Salvaney.

El poeta avanzó, y sin dificultad dió con el palco de la de Moraines. Allí estaba sola en primera fila, y dos hombres la acompañaban, aunque en el fondo: uno de pie, todavía joven, guapo, de bigote grande, que sin duda era el marido; el otro sentado. ¿Por qué la casualidad (pues sólo la casualidad debía ser) llevó á este palco y esta noche precisamente á aquel que la odiosa Colette suponía en intimidad con Susana? Si, Desforges se hallaba colocado detrás de la de Moraines, hablando familiarmente con ella, medio vuelta y abanicándose, mientras Pablo dirigía los gemelos á la sala.

¿Por qué se retiró bruscamente Renato al

contemplar aquella escena? ¡Ah! Por primera vez, desde el instante en que tuvo la dicha de conocer á la mujer rubia y delicada, con su traje de fuego, en casa de la de Komof, la sospecha había penetrado en su corazón.

¿Qué sospecha? A esta pregunta no le hubiera sido fácil responder, y sin embargo... Susana le dijo, hablándole del Gimnasio, aquella mañana: —«Voy sola con mi marido»—¿A qué mentir? El detalle carecía ciertamente de importancia; pero al cabo, una mentira, grande ó chica, es siempre una mentira. Tal vez Desforges estuviera de visita durante el entreacto, cosa tan natural, que en ella se fijó Renato inmediatamente, con tanta mayor razón cuanto que pronto se comprobaría. Fué al despacho y tomó una butaca en el sitio oportuno; la sala se llenó nuevamente, sonó el timbre y levantóse el telón; pero Desforges no se movió del palco, sino que permaneció sentado detrás de Susana y cambiando con ella observaciones. ¿Y por qué no? ¿Es que su presencia no podía explicarse de mil modos, sin necesidad de atribuir á mentira el silencio de Susana? ¿No era factible que Moraines le invitase sin saberlo su mujer? Verdad que él la hablaba con confianza y ella le contestaba en igual tono; pero ¿no era visita de la casa? ¿Le probaba por

ello que existiera entre ambos una ignominiosa relación de dinero? El poeta así razonaba, y su raciocinio le hubiese parecido irrefutable si en la fisonomía de la de Moraines notara un detalle de la melancolla que pensaba hallar en su semblante. Por el contrario, Susana, con su elegante traje de encaje negro y con su rubia cabellera sujeta de un lindo sombrero rosa, le pareció enteramente feliz. Su risa, franca y abierta cuando las gracias de la obra lo requerían, la alegre mirada de sus ojos, su conversación animada y comunicativa con el uno ó el otro de los dos caballeros que la acompañaban y el gusto con que de vez en cuando tomaba un dulce de la caja colocada ante ella, hacían imposible suponer que por la mañana había acudido á la peregrinación de sus más secretos y profundos amores, y tan escasa huella habían dejado en su semblante las emociones de la entrevista, que Renato apenas podía creer en lo que veía. Tampoco el marido, con la jovialidad cordial de su cara masculina, se parecía en nada á aquel hombre obscuro y suspicaz que su amante pintó en sus confidencias .... El desdichado poeta vino al teatro en busca de un definitivo calmante para la perturbación que le ocasionara Colette, y que se aumentó al regresar á su casa de la calle Coëtlogon. Se

dice que no conservaríamos muchos amigos si oyéramos hablar á los que nos merecen ese título cuando no estamos presentes; pero aun es más dolorosa experiencia la que hizo Renato sorprendiendo en su verdadero carácter á la mujer amada. Mucho lo era Susana para que todavía se rindiera el poeta ante esta primera visión de la duplicidad de su madona.

—Que ella se mostraba contenta: ¿por qué he de ser lo bastante egoísta para reprochárselo? ¿Que el barón Desforges se encontraba en el palco cuando ella le aseguró que iba sola con su marido? Ya me lo explicará en nuestra próxima entrevista. ¿Que la fisonomía del marido no correspondía á su carácter? ¡Son tan engañosas las fisonomías! ¿No estaba allí Claudio Larcher, con su traición horrenda al lado de repetidas demostraciones de afecto?... Y toda la crueldad de las impresiones se exacerbaba en contra de aquel que por su indiscreción fué la causa primordial de su pena, desconociendo injustamente las excelentes cualidades de su protector. Al volver de la Biblioteca, donde le fué imposible trabajar, pensó escribir al infame una de esas cartas que jamás se olvidan; hablándole de la señora de Moraines en términos que revelaban su amor, cuyo secreto no quería pasara á dominio de Claudio.

—¿A qué escribirle? Cuando regrese le diré lo que hace al caso; esto es más digno.

Y se disponía á romper la carta, cuando Emilia entró, según tenía por costumbre antes de comer, para preguntar á su hermano cómo llevaba los trabajos. Vió el sobre curioseando y exclamó:

—¿Claudio está en Venecia? ¿Has recibido noticias tuyas?

—No pronuncies jamás ese nombre delante de mí - contestó Renato desgarrando con furor la carta.

—¿Habéis reñido?

—Para siempre; es el más pérfido de los amigos.

Emilia, que guardaba para Claudio culto ferviente de reconocimiento, no insistió, adivinando que el rompimiento procedía de aquella mujer cuyo nombre no pronunciaba Renato nunca delante de ella y á quien empezaba á aborrecer por iguales motivos que antes la hacían amarla. Es que comprendía el por qué de los desfallecimientos físicos é intelectuales del poeta, que no tenía para su *Savonarola* la fresca inspiración que puso en el *Sigisbeo*, y hasta llegaba á condenar aquella desconocida por los dolores de Rosalía, olvidándose de la parte que ella misma tomó en esa ruptura. La de Moraines, no sólo ocasionó semejante pesa-

dumbre, sino que ahora venía á separar de su hermano el amigo á quien Emilia prefería por el beneficio que á su hermano reportaba. Ocupada en los pormenores de la casa, procuraba hallar solución al problema, mientras Renato, poseído de los recuerdos que la visita de Susana á su cuarto le dejara, esperaba impacientemente la próxima entrevista, con el veneno de la maledicencia en sus venas. Porque oyendo las infamias de Colette, ni las discutía; repitiéndolas para refutarlas, ya eran objeto de discusión en su espíritu. ¿Qué fué de Renato, cuando en la conferencia tan anhelada adquirió el convencimiento de que la decantada sinceridad de Susana no era la que creía? Presentóse Renato con una expresión tal de tristeza, que Susana observó, preguntándole:

—¿Qué tienes?

—Una injusticia de periódico.

—Niñón, ¿si no te envidiaran, valdrías?

—Hablemos de ti... ¿qué has hecho desde que no te he visto?

Si Susana le hubiera observado en aquel instante, adivinara la angustia con que preguntaba; lazo inocente, pero lazo al fin engendrado por la sospecha. Mas Susana se encontraba respecto de él en análoga situación que Desforges respecto de ella.

—¿Lo que he hecho? En primer lugar, la

otra noche fui al Gimnasio con mi marido... Felizmente no teníamos nada que decirnos, y pude pensar en ti todo el tiempo, como si hubiera estado sola, y echarte de menos...

—¿Luego te fastidiaste en el teatro?

—No estabas tú allí...—contestó sonriendo y mirando á Renato, cuya fisonomía presentaba expresión amarga y dura, que Susana no conocía.

—¿Qué tienes, amor mío?

—La rabia contra ese pícaro artículo.

—¿Pero tanto malo decía? ¿Dónde se publicó?—repuso ella, en guardia ya por instinto.

El poeta, cogido de improviso, balbuceó indicando que no merecía la pena de que lo leyera, y pensó Susana entonces que algo sentía Renato contra ella. Ocurriósele interrogarle por si le habían hablado desfavorablemente de su conducta; mas se contuvo por aquello de que «explicación sin tiempo, malicia arguye».

—¿Fuiste á ver á la Rigaud?

—Sí—dijo Renato sin disimular la contrariedad que le ocasionaba esta conversación.

—¿Y perdoná al pobre Claudio?

—No; es una mujer bien infame—y esto con un tono, que la de Moraines de repente comprendió parte de la verdad, y que la actriz

había hablado. Otra vez discurrió el provocar una confidencia, valiéndose para conseguirlo de la embriaguez que sus caricias ocasionaban al poeta. Ducha en estas batallas, sabía cuánto avasallan esas armas al hombre, y comenzó en sus caricias delirantes, apercibiéndose, por la manera de recibirlas y devolverlas, que Renato había debido sufrir y que ella entraba en el sufrimiento por mucho...

—¿Qué pena te han causado, y por qué me la ocultas?

Si esta pregunta la hubiera formulado al comenzar la entrevista, Renato, sin resistencia, la contara los pormenores de la celebrada con Colette; pero entonces, seguro de que Susana le había mentido, y apesadumbrado con la certidumbre, se limitó á repetir lo del artículo injurioso. Se acercaba la hora de separarse, y Susana suspiró un «pobre Renato», sin insistir en sus averiguaciones, soñando con que todo se lo contaría en la próxima conferencia, aunque atormentada por aquel silencio. Por más que Susana amase principalmente á Renato por su físico, no era insensible á la nobleza de su alma; saboreaba, además, un placer análogo al que los corrompidos del antiguo régimen sentían con la seducción de las beatas. Sea como fuese, el

deleite de tales amores hallábase amenazado por alguien, y ese alguien debía ser Colette. ¿Qué motivo de odio podría tener contra Susana? Pero Colette era la íntima de Claudio, y éste era el enemigo; pero Claudio no la había visto nunca con Renato, ni Renato le confió su secreto; luego Susana se hallaba sobre una pista falsa. Así discurría. Estas desagradables sensaciones se aumentaron con lo que al día siguiente le dijo su marido. Las siete de la tarde serían próximamente cuando Susana, sola en aquel saloncito donde tendió sus finas redes á Renato, se hallaba pensativa. Acudieron en esa tarde á sus reuniones de las cinco más gentes que de ordinario, Desforges entre ellos; apareció Pablo con sus estrépitos de costumbre y la alegría en el semblante; acercóse á su mujer, acariciándola repetidas veces, y entre caricia y caricia, exclamó:

— Fui á casa de la Komof, porque le debía visita hace mucho tiempo, ¿y á que no sabes á quién he conocido allí? A Renato Vincy, el poeta. No me explico por qué Desforges lo encuentra amanerado; es un muchacho encantador, que me gusta... Hemos hablado largo... le he dicho que tú te alegrarías de volverlo á ver... ¿He hecho bien?

— Muy bien; ¿quién más estaba con la Condesa?

Y mientras su marido le ensartaba un rosario de nombres, Susana pensaba por qué Renato había ido allí. Era la primera salida al mundo desde el principio de sus relaciones, callándose cuando siempre le advertía de antemano sus propósitos. Y había tropezado con Pablo, original opuesto al retrato que ella le dibujara, y por el encuentro se revolvió contra su marido, manifestándole con cierta acritud:

—¿A que no has escrito á Crucé para el Alençon?

—Pues sí, y lo tendrás.

Susana de cuando en cuando se hacía regalar por su marido, para tener ocasión de confesar en público que Pablo era con ella muy galante, aunque solía olvidar que el dinero con que tales regalos se adquirían procedía ordinariamente de Desforges de un modo directo, interesando á Pablo en sus especulaciones. Los beneficios de una, realizada hacia poco, iban á pagar los encajes. Por cierto que la operación de que se trata dió lugar á una escena especialísima entre Susana y Renato. En una de sus entrevistas interrogóle sobre los productos obtenidos por el *Sigisbeo*, añadiendo:

—¿Dónde has colocado tu dinero?

—No sé—contestó riendo;—mi hermana ha



comprado papel con las primeras mil pesetas, y lo demás lo guardo en caja.

—¿Quieres dejarme hablarte como si yo también fuera tu hermana? Tenemos un amigo que es administrador del Norte y que nos ha dado una noticia inapreciable. ¿Me prometes el secreto?

Le explicó bien el negocio y le dijo que dispusiera de sus fondos para ganar en él cuanto quisiera.

—Cállate; sé que me hablas de esto por cariño, pero no puedo permitirte consejos de tal naturaleza; perdería la estimación de mí mismo.

Por más que esta delicadeza pareció á Susana algo ridícula, fué tan sincera que no insistió. La juventud del alma de Renato la asustaba para el momento en que conociera el fondo de su existencia, porque no la perdonaría jamás, y ya estaba dada la alarma, lamentándose que en evitación de sus funestas consecuencias, no hubiera por fin procurado la explicación que debía. Por esto, cuando á los pocos días volvió á la calle de las Damas, su resolución era la de no demorarla por más tiempo. Al punto que fijó su mirada en Renato, observó que el joven se hallaba más sombrío y que su turbación era mayor; disimuló la impresión que le produjeron estos síntomas y

la frialdad con que fueron recibidas sus primeras caricias. Por lo cual contestó con melancólica sonrisa:

—Tengo que hacerte un reproche, Renato mío; ¿por qué no me previniste que irías á visitar á la Condesa? Yo me hubiera arreglado para evitarte un encuentro penoso para ti seguramente.

—¿Penoso?—contestó Renato con ironía;—si el señor Moraines estuvo tan atento conmigo...

—Si—replicó ella,—le has conquistado. Él, que generalmente es tan sarcástico, me habló de ti con un entusiasmo que me hizo daño... ¿Y no te invitó á ir á casa?... Puedes estar orgulloso, porque es tan raro que acoja bien un semblante nuevo... Pobre Renato—continuó apoyando las manos sobre el hombro de su amante y colocando entre ellas la cabeza.—¡Cuánto te habrá hecho sufrir tanta amabilidad!...

—Sí; he sufrido mucho—respondió Renato con voz sorda.

Mirando aquella graciosa cara tan cerca de la suya, se acordó de lo que le había dicho en el Louvre al contemplar el retrato de la querida de Giorgione: «¡Mentir con una fisonomía tan pura!...» Ella, sin embargo, le había engañado, ¿y quién le aseguraba que no

le hubiese mentido siempre? En medio de los tormentos de la desconfianza y después del encuentro con Pablo, le asaltaban horribles hipótesis. El contraste entre la acogida que le había dispensado Moraines y el carácter de marido tiránico descrito por Susana, era demasiado fuerte.

—¿Por qué me habrá querido engañar en esto?—se preguntaba Renato, que había ido á casa de la Komof, sin objeto determinado, pero con la secreta esperanza de oír hablar de Susana á las gentes de su círculo; éstas, al menos, debían conocerla. La conversación con Moraines había bastado para arrojarle en un abismo de duda. Sólo una verdad se le mostraba evidente: Susana se había servido de su marido como de un espantajo, para no recibirle en su casa. ¿Por qué? Algún misterio de su vida necesitaba ocultar. ¿Cuál?... Colette se encargó por anticipado de responder á esta pregunta. Bajo la influencia de esta horrible sospecha, Renato concibió un proyecto sencillo y de resultados decisivos: aprovecharse de la invitación del marido para solicitar de Susana que le permitiera ir á su casa. Si decía que sí, era que nada tenía que ocultar; si decía que no... el joven, por cuya mente cruzaban todos estos pensamientos, continuaba mirando aquel adorado semblante

apoyado aún en su hombro. ¡Cuántos atractivos en los finos rasgos de su fisonomía, en sus ojos azules, en su noble frente, que él había creído llena de sentimientos delicados, en aquella boca pequeña y graciosa á la que tantas veces había oído hablar con tierno abandono!... ¡No, lo que Colette había dicho, no era posible!... Pero ¿por qué le había mentido tres veces? No hay mentiras insignificantes; Renato veía en este momento que la confianza, como el amor, ó lo es todo, ó no es nada. Demasiado lo saben los que han tenido que perderla.

—Pobre Renato mío —repitió Susana.

Le veía en uno de esos momentos de extrema tristeza, en los cuales el ser consolado enternece el corazón, abriéndole por completo.

—Sí, muy pobre —exclamó el joven, á quien había conmovido esta piedad en el momento en que más la necesitaba. Y mirándola con fijeza, dijo:

—Escucha, Susana. Prefiero decírtelo todo. He reflexionado bien. Esta vida que llevamos no puede durar. Me hace muy desgraciado... No es suficiente para mi amor... Verte así, furtivamente, hoy una hora, otra pasado mañana, y no saber nunca lo que haces, no participar nada de tu existencia, es cruel... Ca-

lla, déjame hablar... Había una poderosa razón para que no me recibieses en tu casa... Tu marido... Ahora ya le he visto. He podido resistir el verlo. Nos hemos estrechado la mano. Después de esto, déjame al menos recoger el fruto de este esfuerzo... Demasiado sé que lo que pienso no es digno, pero yo no soy orgulloso... Te amo... Conozco que voy á inspirarte malos pensamientos... Pero te lo suplico, permíteme ir á tu casa, vivir en tu círculo, verte en otra parte distinta de ésta, donde no nos reunimos más que para poseernos...

—Para amarnos—interrumpió ella separándose de él y moviendo la cabeza;—no blasfemes...—Y dejándose caer sobre una silla:—¡Ah! concluyó mi hermoso sueño, que tú habías comprendido y que parecía ser el tuyo también, de un amor exclusivamente nuestro, sin esos compromisos que te horrorizaban, como me horrorizan á mí...

—¿De modo que no quieres consentir en que vaya á tu casa como te suplico?...—insistió Renato.

—Pero lo que me pides es la muerte de nuestra dicha—exclamó Susana;—te conozco bien; tú, tan delicado, tan sensible, viviendo en la intimidad de mi casa, todo te ofendería. Tú no conoces ese círculo en que me veo pre-

cisada á vivir, que es contrario á tu manera de ser. Y además, me harías responsable de tus desilusiones. Renuncia á esa idea fatal, amor mio, renuncia, te lo suplico.

—¿Qué tienes, pues, que ocultar en tu vida, que no quieres que yo vea?—interrogó el joven, mirándola fijamente.

No comprendía que Susana, al hablarle así, no tenía más que un fin: hacerle decir la razón de aquel deseo inesperado de alterar sus relaciones, razón que debía ser la misma que le había entristecido el día anterior, y la misma que le había hecho ir á casa de la Komof tan inopinadamente. No hizo caso del sentido que tenía la pregunta de Renato, y respondió con voz de víctima á quien abrumba una injusticia:

—¿Cómo, Renato: eres tú quien me habla así?... No, no, alguien ha envenenado tu corazón... Esas ideas no son tuyas... Ve á mi casa, amigo mio, ve siempre que quieras... ¡Algo que ocultarte en mi vida!... yo, que preferiría morir á engañarte...

—Entonces ¿por qué mentiste el otro día?—exclamó Renato.

Vencido por la desesperación que creía leer en sus hermosos ojos, desarmado por el ofrecimiento que acababa de hacerle, incapaz de callar más tiempo el secreto de su pena,

sentía necesidad de darle sus quejas, lo cual equivale en una querrela con una mujer á caer en el lazo.

—¡Yo te he mentado, yo!...—respondió Susana.

—Sí—insistió él,—cuando me dijiste que habías ido al teatro sólo con tu marido.

—Pero yo fui...

—Yo también—interrumpió Renato.—Había alguna persona más en tu palco.

—¡Desforges!...—dijo Susana;—estás loco, mi pobre Renato, estás loco... Vino á visitarnos en un entreacto, y mi marido le hizo estar hasta el fin de la comedia. ¡Desforges!—continuó sonriendo:—ése no es nadie... No me acordaba de él cuando te hablaba... Vamos, en serio, no es posible que estés celoso de Desforges...

—Estabas tan contenta, parecías tan dichosa—replicó Renato ya más humilde.

—¡Ingrato!—dijo ella;—¡si hubieras podido leer en mi interior! ¡Ah, esta necesidad de disimular siempre hace la desgracia de mi vida, y ver que tú eres quien me censura! No, Renato, es demasiado injusto. ¡Es muy duro!...

—¡Perdón, perdón!—exclamó el joven, á quien la perfecta naturalidad de su querida colmaba de una irresistible evidencia.—¡Es verdad! Alguien ha envenenado mi corazón:

esa Colette. Tenías razón para desconfiar de Claudio.

—No me he prestado á que me hiciera la corte, y los hombres no perdonan esto.

—¡Miserable!—contestó el poeta con violencia, añadiendo como para desembarazarse de sus angustias:—Ha sabido que yo te amaba. ¿Cómo? Porque la única vez que le he hablado de ti me vió turbado... Me conoce tan bien... Lo ha supuesto todo, y se lo ha contado á su querida, á más de otras infamias que no puedo repetirte.

—Dimelo, dimelo—insistió Susana, que en este momento mostraba en su semblante la orgullosa y resignada sonrisa de los inocentes que caminan á la muerte.—¿Te han dicho que he tenido otros amantes antes que tú?

—Si no fuera más que eso—dijo Renato.

—¡Qué puede ser entonces, Dios mío!—replicó Susana.—No me importa lo que te han dicho, después de todo, sino que tú, Renato mío, lo hayas creído. Ea, confíesamelo todo; tengo derecho á exigírtelo.

—Es verdad—contestó él, y avergonzado como si fuese el culpable, balbuceó las palabras siguientes:—Colette me ha dicho, con referencia á Claudio, que tú eras... no, no puedo pronunciarlo... en fin, que Desforges...

—¡Siempre Desforges!...—interrumpió Su-

sana, sonriendo con una suave ironía;—¡pero eso es cómico!...

No quiso que Renato formulase la acusación que ella adivinaba en aquel momento. Su dignidad de amante no debía rebajarle á semejante discusión.

—Te han dicho, sin duda, que Desforges habia sido mi amante, que lo era todavía... Eso ni siquiera es infame, lo que es, es bufo... Pobre viejo amigo mío, él que me ha conocido como una muñeca... Siempre estaba en casa de mi padre. Me ha visto crecer. Me quiere como á una hija. ¡Y es de ese hombre de quien estás celoso!... No, Renato, júrame que no lo has creído... ¿Merezco yo que me juzgues así?...

## XVII

## EVIDENCIAS

En la extraña enfermedad moral de los celos hay períodos deliciosos: los intervalos de los accesos. Por algunos días, ó solamente por algunas horas, las sensaciones del amor vuelven á adquirir su sabor divino, como las de la vida en una convalecencia. Susana habia convencido tan bien á Renato de la locura de sus sospechas, que él queria rivalizar con ella en generosidad. Rehusó, pues, aprovechar el permiso que con tanta insistencia habia solicitado para ir á la calle de Murillo. Dos ó tres frases pronunciadas con cierta intención, la mirada y determinado movimiento de cabeza, prevalecerán siempre contra las mayores desconfianzas de un amante apasionado, á menos que no haya visto con sus propios ojos una prueba de traición, y todavía...

Para él, los elementos de que se componia